

La primera persona extraña que supo que existíamos fue la profesora de ciencias de tercero de ESO.

Rafa dice que conviene matizar, y tiene razón. En realidad, de nuestra existencia todo el mundo se había dado cuenta, claro, desde hacía catorce años para ser exactos. Nuestras madres, por ejemplo, que fueron las que nos parieron en las clínicas respectivas, y nuestros padres, que les mostraron su apoyo en el difícil momento: cogían las manos de sus mujeres mientras ellas hacían fuerza para expulsarnos del útero. Glòria dice que su padre no presencié el maravilloso momento de su alumbramiento; dice que esperaba en una sala aparte contemplando el espectáculo a través de un monitor de vídeo que retransmitía las imágenes en directo. También fueron conscientes de nuestra llegada al mundo de los vivos nuestros abuelos, y los vecinos, y los amigos de nuestros padres, e incluso algún pariente lejano a quien todavía no conocemos.

Llorábamos, teníamos hambre, mamábamos del pecho de nuestra madre, nos hacíamos caca en los pañales: estábamos vivos. Certificado.

Celebrábamos fiestas de cumpleaños, visitábamos las ferias, subíamos a las atracciones, nos bañábamos en las playas. Vivos. Correcto.

Aprendimos a gatear, y después a andar. Aprendimos a pedir que nos acompañaran al lavabo cuando teníamos pipí, y de esta manera conseguimos no mearnos en la cama. Nos llevaron a las guarderías, más tarde a la escuela. Existíamos.

Sara opina que sería mejor hablar de nuestra existencia en común, o sea, compartida. Con eso quiere decir que llegó el día en que cada uno de nosotros fue consciente de la existencia de los demás. Tiene razón, deberíamos empezar por allí. Si no nos equivocamos, este momento glorioso ocurrió en septiembre de nuestro sexto. Empezaba el cole, y nuestros padres nos habían comprado los libros del último curso de primaria.

Jordi, Mireia y yo íbamos a la misma escuela desde niños. No se puede decir que fuéramos grandes amigos, pero nos conocíamos desde hacía un montón de años. Nuestra escuela era privada concertada, pequeña, de las que tenían una única aula por curso. En verano, cuando hablaba con mi vecino de Sant Salvador, me sorprendía que al referirse a su clase usara siempre una letra después del curso. Me contaba que los de quinto A habían ido de excursión, que los mejores en fútbol eran los de sexto C, y que prefería a la tutora de primero de la ESO B antes que a la de primero de la ESO D, que era la que le tocaba el curso siguiente. Este vecino se llamaba Jose, era un año mayor que yo y sólo nos relacionábamos los veranos en la playa, a pesar de que en invierno vivía en Barcelona, como yo, en el mismo barrio.

Con toda seguridad, a Jose no le tocó la tutora de primero de la ESO D, ya que el pobre Jose enfermó; su madre se lo contó a la mía una mañana que coincidieron en el mercado. Jose no pudo ni empezar el curso. Mi madre me explicó que su enfermedad era grave y que debería pasarse más de tres meses en cama. En realidad pasó muchos más, pobre Jose. Pero eso es otra historia, me advierte Sònia, y estoy aquí intentando escribir la nuestra y no la del pobre chaval.

Nosotros fuimos el sexto, el único y último sexto posible, desde el primer día que entramos en clase aquel septiembre y la tutora nos presentó a los nuevos

compañeros. Había un montón: fue el año en que hubo más incorporaciones de alumnos en el centro. Muchos de ellos venían de un colegio privado que había cerrado, y los padres de los nuevos compañeros tuvieron que apresurarse para encontrar plaza para sus hijos en las escuelas del barrio.

Ninguno de nosotros tres, los veteranos, recordamos especialmente aquel primer día, pero los recién llegados lo tienen perfectamente grabado en la memoria.

Los nuevos ocupamos (estoy escribiendo lo que recuerda Sara) los pupitres de la primera fila, sin atrevernos a mirar a los niños y niñas que ocupaban los de las filas posteriores. Atendimos a las explicaciones de la tutora, que para nosotros era sólo la señorita Pili, y todavía no “La Mocho”, como la llamaban los alumnos de siempre. La Mocho era joven, vestía de forma muy clásica, tal vez el mismo tipo de ropa que se pondrían nuestras madres para ir a dar clases a una escuela, y el único aspecto destacado de su físico era la mata de pelo rebelde y espectacular que le cubría el cráneo. La pobre mujer había tenido que soportar todo tipo de comentarios, y había ensayado, sin éxito, distintos métodos para domar aquella mata de pelo encrespado y erizado como una lechuga. Era una mujer simpática, dulce y cargada de paciencia, pero aun así la llamaban la Mocho. Estaba tan instaurado su apodo que incluso la madre de David Pujades la trató de “señorita Mocho” durante las entrevistas que mantuvieron desde sexto de primaria hasta tercero de ESO. David se fue de la escuela antes de acabar tercero. Mireia opina que eso ya lo explicaremos cuando corresponda: aunque su desaparición estuvo motivada por una intervención nuestra, eso se comentará cuando sea el momento.

Entre los recién llegados estaba Glòria. Hablo primero de ella porque fue la adquisición más espectacular. Y sólo al cabo de varias semanas nos dimos cuenta de esa “espectacularidad” (lo cual hizo que su espectacularidad fuera todavía más espectacular). Glòria no tiene mano. En lugar de la mano derecha tiene un muñón. Sin embargo, escribe perfectamente con la izquierda, y gracias a los jerséis de manga larga que usa disimula muy bien su condición de manca, tanto que los primeros días ninguno de nosotros se dio cuenta. Glòria no venía de la escuela que había cerrado sino de fuera de Barcelona. Sus padres se habían trasladado por motivos laborales y habían alquilado un piso en el barrio. Glòria no jugaba con nadie a la hora del recreo; tampoco participaba en las clases de educación física ni se unía a los demás en los corros. Mireia fue la primera que descubrió su secreto: se hicieron amigas, hablaron un poco, se preguntaron cuatro pequeñeces, y enseguida Glòria se lo anunció.

—Voy a explicarte un secreto. Tengo algo que tú no tienes. Bueno, en realidad tú tienes algo que a mí me falta.

—¿De qué se trata?

—¡Adivínalo!

Mireia lo intentó como pudo: novio, dinero guardado en una caja fuerte, revistas de sexo, cigarrillos...

—No, no, nada de eso...

—Una blackberry, juegos de ordenador, un diario cerrado con llave.

—¡No!

Entonces le mostró el muñón. Me imagino la cara que puso Mireia al verlo. Nos lo explicó a todos enseguida, a pesar de que le había jurado a Glòria que no se lo

diría a nadie. Aquella tarde, en clase de mates, toda el aula estuvo al acecho de los movimientos de la manga de Glòria, y nadie copiaba los problemas de la pizarra. Mireia controlaba a todo el mundo desde su posición privilegiada: era la única que había visto aquella cosa y además se sentaba al lado de Glòria. De vez en cuando se volvía hacia nosotros y nos hacía una señal con la cabeza para que no perdiéramos la ocasión de vislumbrar, bajo la manga, aquel fascinante muñón.

Marc tenía un ACI<sup>1</sup> (no supimos que era aquello del ACI hasta unos años después). Lo habíamos oído comentar a la hora del recreo, cuando los del grupo nos negábamos a participar en los juegos de los otros niños y nos sentábamos todos juntos en el banco de piedra del patio. Por allí andaban siempre un par de profesoras de vigilancia que chismorreaban sin parar sobre los niños y niñas de la escuela, y cuando hablaban de Marc siempre nombraban el misterioso ACI. Ni él mismo sabía lo que era.

Mis padres, cuando le conocieron en mi fiesta de cumpleaños, comentaron que les había parecido un poco retrasadito. Utilizaron exactamente este adjetivo: retrasadito. Marc iba siempre a su aire y no se metía con nadie; a menudo dejaba de hablar, cerraba la boca y de ella no salía ni una palabra. A veces lo tenías al lado, y de repente desaparecía. Al principio fue un problema en la clase de sexto, porque mientras el profesor o profesora estaba explicando un problema y los demás tratábamos de entenderlo, Marc se levantaba y se iba de la clase sin decir nada. Algunos intentaban detenerle y le preguntaban adónde iba, o si le parecía normal largarse antes de la hora de salir. Pero Marc no se inmutaba: seguía hasta la puerta del aula, la abría, salía, y adiós. Según parecía, el ACI le excusaba de su comportamiento y permitía que las chicas de secretaría o el profesor de educación visual y plástica lo admitieran en sus respectivas dependencias, ya que éstos eran los lugares a los que solía acudir cuando se escapaba de la clase. Y aunque al principio esa manera de actuar desorientaba a los compañeros, pronto sus excentricidades pasaron inadvertidas. Sara me pide que aclare que si utilizo una palabra tan compleja como ésa, excentricidades, es porque la usaban siempre las profesoras encargadas de la vigilancia del patio cuando se referían al ACI de Marc.

De mí se decía que era un tipo raro. En casa también lo decían, la verdad sea dicha. No me gustaban las cosas que hacían los otros chavales, sólo era eso. Si todo el mundo jugaba al fútbol, yo me prometía a mí mismo no chutar una pelota en mi vida; si los compañeros pedían un ordenador para Reyes, yo me enfadaba con mi padre cada vez que me proponía comprar uno. No me gustaba ver la tele, me daban asco los cómics manga y las videoconsolas, me molestaba llevar uniforme, ir de colonias o salir los domingos, y aborrecía las películas de efectos especiales.

Tengo un hermano, Ricard, y mi madre opinaba que yo todo eso lo hacía para llevarle la contraria. Ricard era un chico como los demás, que hacía deporte y veía la tele y jugaba en el ordenador. A mí me importaban un bledo la vida de mi hermano y sus aficiones. Jamás me interesaba por las cosas que le regalaban, ni si aquello que recibía era mejor o peor que lo que recibía yo. Normalmente no nos hablábamos, y yo no sabía si sacaba buenas notas o si suspendía las asignaturas de su curso, dos por detrás del mío. Y la misma falta de interés que sentía por mi hermano la sentía por los chicos de mi clase, al menos hasta que poco a poco formamos el grupo.

Sara y Rafa venían de la escuela que cerró. Los dos eran muy feos, especialmente él, que según mi madre era más feo que el demonio. Sara no habría parecido tan contrahecha si no hubiera pesado lo que pesaba, que era mucho, y se veía descompensada por su pequeña estatura. Todo aquel ancho, acompañado de una altura proporcional, habría pasado inadvertido. Pero Sara era un tapón: era, es y será, ya que tiene problemas de crecimiento y jamás se desarrollará como una persona normal. A menudo los chicos de la escuela se mostraban crueles con ella. Le preguntaban, por ejemplo, cuánto medía de radio. Ella no se inmutaba, en eso se parecía a Marc; argumentaba que estaba satisfecha de sí misma y hacía oídos sordos cuando la llamaban “Canica”, “Minipimer” o “Señora Patata” en honor a un personaje de Toy Story. Rafa recibía los apodos de “Gremlin”, “Quasimodo” y “Conejo”. Cuanto mayor se hacía, más feo era, como si su estatura aumentara al mismo tiempo que su fealdad. Crecía, sí, pero sin orden ni concierto: una parte subía y otra bajaba, por ahí se estiraba y por allá encogía. También le aumentaba la miopía, que le obligaba a llevar unas gruesas gafas de culo de vaso, y con la preadolescencia le apareció una granizada salvaje en la cara que daba escalofríos (las profesoras de vigilancia del patio le llamaban “Mocanor, café molido grano a grano”).

Sònia era un año mayor que nosotros y estaba cursando primero de ESO cuando la conocimos. Venía de la otra escuela y era una chica atrevida, demasiado atrevida, decían muchos. Era guapa, pero no encajaba exactamente con el concepto de guapa que tiene la mayoría de la gente. Aquel primer año, antes de Navidad ya había estado coqueteando con todos los chavales de su clase. Cuando digo coquetear, me refiero a besarse con ellos fuera del cole, y besos completos, en la boca y con la lengua.

Enseguida se hartó de jugar con los de su curso y, supongo que por una ley de compensación de contrarios, su esbelta figura se encaró una tarde con Sara, la bolita de grasa de nuestra clase.

—¡Eh, tú! —la increpó—. ¿Te han dicho alguna vez que eres más fea que un sapo?

Sara simuló que no la oía, pero la otra insistió.

—¡Eh, mierdecita con patas! ¿Eres sorda, además? Lo tienes todo, niña...

Sònia todavía no conocía a Sara...

—¿Me estás hablando a mí? —le preguntó mientras se daba la vuelta.

—Sí, a ti, botija.

—¿Crees que me molesta que me insultes? ¿Te has mirado alguna vez en el espejo?

—¿Y tú? ¿Has conseguido alguna vez ponerte de puntillas para verte en el espejo del lavabo?

—Cada vez que lo he intentado, estabas tú dentro, con la lengua metida en la boca de alguien...

—Qué graciosa...

—Quiero que sepas que ninguno de mis amigos pagaría un solo euro para participar en un espectáculo tan asqueroso...

—¿Tus amigos? ¿Tú tienes amigos? ¿Te refieres a las pelotas de básquet?

—Ven mañana a las once al banco de piedra del patio. Si quieres, te los presentaré.

Y el caso es que a la mañana siguiente Sònia apareció por ahí. Nunca le hemos preguntado por qué lo hizo, ni por qué se quedó con nosotros desde entonces. Eso ocurrió en el mes de marzo, y aparte de Jordi, que se incorporó más tarde, el núcleo central del grupo ya estaba formado. Aquella mañana, Sònia se quedó de piedra cuando Sara se acercó a ella y nos señaló a todos los que estábamos en el banco. Ése debió de ser, más o menos, el panorama que contempló boquiabierto: Rafa, que comía un bocadillo de chopped y exhibía restos de tomate alrededor de la boca; Glòria, que se apresuró a mostrarle su tesoro; Marc, que la miraba con su expresión de alucinado; Mireia, de quien todavía no he hablado, y yo, que había ido la tarde anterior a la peluquería y me habían dejado trasquilado como un cordero.

Sara estaba orgullosa de nosotros y nos contemplaba complacida.

—Aquí los tienes. ¡Éstos son mis amigos!

Aquel día, Sònia se fue sin decirnos nada. Nos miró uno a uno, esperó unos segundos y se largó. Durante los días siguientes, la pillamos espiándonos de lejos: se quedaba de pie al lado de la puerta del cole y nos miraba. Una mañana fue a sentarse, nos preguntó cómo nos llamábamos, y se quedó. Las profesoras de vigilancia le preguntaron qué estaba haciendo allí con nosotros, por qué no se iba a jugar con los de su clase.

—Es nuestra amiga —les dijo Sara, siempre tan orgullosa de sus amistades—, y estamos hablando.

Una de las profesoras hizo el siguiente comentario:

—¡Éramos pocos y parió la abuela!

Mireia se llamaba en realidad Suyika, o Sukiya, ni ella misma lo sabía con exactitud. Sus padres la habían adoptado cuando tenía cinco años y todavía recordaba algún episodio de su vida anterior a la adopción. Tenía la piel morena, como una mulata, o una musulmana. Sus padres verdaderos eran africanos, y suponemos que debían de ser pobres y desgraciados y no podían mantenerla. Sus padres adoptivos, en cambio, son gente rica, y por eso Mireia siempre vestía con ropa cara y tenía un montón de juguetes. Era feúcha, sobre todo por culpa de los dientes, que eran enormes, crecían a la buena de Dios y la obligaban a llevar unos aparatosos sistemas de corrección, unos de día y otros de noche. Había chavales que la llamaban “Cara jaula”, por los hierros. Estaba harta de ir al dentista tan a menudo, pero sabía que sus padres tenían razón cuando le decían que si no se arreglaba la dentadura, de mayor parecería un caballo sin encías.

Mireia iba a nuestra clase desde hacía años, pero no nos hicimos amigos hasta finales de sexto. Ella fue la primera amiga de Glòria, y con ella acudió a sentarse al banco de las reuniones en el patio. Marc tenía la mala costumbre de tocarla para ver si manchaba.

—No estoy pintada, Marc, te lo he dicho mil veces. Mi color de piel no mancha.

A principios de primero de ESO, los padres de Mireia organizaron una fiesta de cumpleaños para su hija. Ella no invitó a todos los de la clase, como había hecho

hasta entonces, sino que dio una tarjeta de invitación de Disney sólo a los más amigos. Fue la primera vez que nos reuníamos todos fuera de la escuela.

Después de merendar y de comer el pastel, mientras su madre preparaba unos juegos en la terraza de aquel ático maravilloso, Sara propuso fundar un club.

—Siempre andamos juntos, y eso significa que nos llevamos bien. Y me da la impresión de que los otros chicos nos tienen un poco de manía. Por eso he pensado que podríamos formar un club. Se lo he explicado a mi padre, y me ha dicho que él nos podría hacer unos carnets en el ordenador y después plastificarlos.

—Pero ¿un club de qué? —preguntó Sònia.

A Sònia le costaba un poco amoldarse al grupo. Se la veía más despierta que los demás, no tan lista como Sara, pero sí más despabilada. Ella no se reunía siempre con nosotros, ya que mantenía la amistad con los de su clase de segundo. Ya no besaba con tanta facilidad como el año anterior, pero quedaba con chicos los fines de semana y se iban a fumar y alguna vez a las discotecas de tarde. Todos sabíamos que la gente se preguntaba qué hacía una chica tan lanzada como Sònia con unos chavales tan raritos como nosotros, y más de una vez ella misma había simulado que no nos conocía cuando la encontrábamos por la calle fumando con sus amigos de segundo.

—Deberíamos inventarnos un nombre —propuso Sara.

—Pero ¿un club de qué? —la interrumpió Sònia—. No has respondido a mi pregunta. La gente se reúne y forma un club por algún motivo, porque tienen algo en común, o porque les gusta alguna cosa.

A los demás nos había parecido fantástica la idea del club, aun sin saber el motivo de su fundación.

—No podemos hacer un club de primero de ESO porque yo estoy en segundo, ni un club de fans del Barça porque no a todos nos gusta el fútbol...

—¡A mí no me gusta nada! —protestó Marc.

—¡Y a mí tampoco! —dije yo.

—Por eso lo digo. No podemos hacer un club de amigos porque en realidad no somos tan amigos...

Parecía que la idea de Sara iba perdiendo fuerza, y nos quedamos en silencio. Tal vez Sònia tenía razón.

—A ver —insistió Sara, encaprichada en formar un club de todas maneras—, pensemos en cosas que nos gusten a todos. Tal vez encontraremos alguna que...

—No me parece buena idea.

Sònia estaba negativa. Todo le parecía mal.

Elaboramos una lista de cosas que nos podían unir. A unos cuantos nos gustaban Lady Gaga, pero otros la odiaban. ¿Fumar? Tampoco. Del grupo sólo lo había probado Sònia. ¿Estudiar? Marc era un ACI, y la mayoría de nosotros sacábamos malas notas. ¿El cine? Unos sí, y otros no. ¿La tele? Vaya tontería... ¿Leer?

—¿Hacer qué? —preguntó Marc.

¿La poesía? ¿Las excursiones? ¿Los juegos de ordenador? ¿Las PSP? ¿La Navidad? ¿Las fiestas? ¿A quién no le gustan las fiestas? Pero Sònia dijo que era estúpido fundar un club de amantes de las fiestas.

—¡Seríamos quinientos millones de socios!

Rafa tuvo una buena idea.

—¿Y si probáramos con cosas que no nos gustan nada? Seguro que encontraríamos alguna que no le gusta a ninguno.

La reunión se animó. Había cantidad de cosas que no soportábamos: los castigos, las copias, el hígado, las lentejas, la morcilla, ir al cole... También coincidíamos en temas abstractos, como los que discutíamos en clase de ética: la violencia gratuita, la pobreza, la insolidaridad, la pena de muerte.

—Nos estamos liando —les advertí— Pasa lo mismo que con las fiestas. Son cosas que no gustan a nadie. Tenemos que buscar algo más concreto.

La madre de Mireia entró en la habitación para anunciar que los juegos estaban preparados. Antes de salir corriendo hacia la terraza, quedamos en que elaboraríamos una lista de cosas concretas que odiábamos profundamente.

La primera reunión del recién creado club ANTI o ANTICLUB, que fue como lo llamamos enseguida, se celebró en casa de Sara un viernes por la tarde. Para empezar, dejamos tres cosas bien claras:

1. -Que la existencia del club sería secreta y que sólo admitiría nuevas incorporaciones si todos los miembros estábamos de acuerdo.

2. -Que nuestra misión sería luchar contra todo lo que rechazábamos, es decir, que no nos conformaríamos con protestar, sino que pasaríamos a la acción para combatirlo.

3. -Que ningún miembro del grupo delataría al resto por terrible que fuera la tortura a la que podían someternos el día que nos pillaran.

Redactamos un primer proyecto de acciones ANTI, un conjunto de cosas que no nos gustaban nada y contra las cuales estábamos dispuestos a luchar. Cada tres meses nos reuniríamos para evaluar los resultados de nuestras acciones y decidir si las manteníamos activadas o iniciábamos “Antiproyectos” nuevos.

Los integrantes del anticlub firmamos el escrito. Sara había picado el texto en el ordenador y a continuación diseñamos un carnet. Se precisaba una foto reciente de cada miembro y una aportación monetaria de tres euros por cabeza por si se tenía que comprar material o pagar a un confidente.

—Así lo hace la policía.

La primera misión nos fue encomendada a Sara y a mí. El club había decidido luchar contra el tacaño de Lluís Domínguez (la única que no lo había incluido en su lista de cosas odiadas fue Sònia, porque no estaba en nuestra clase). Lluís Domínguez se aprovechaba de la generosidad de los demás: nunca llevaba los materiales que exigían los profesores, jamás colaboraba en los trabajos en grupo y andaba gorroneando sin parar. Los días excepcionales en que, por lo que fuera, llevaba lo que se le pedía, no dejaba nada a nadie.

—¡Pero si yo te he dejado muchas láminas de dibujo! —se quejaban los compañeros generosos.

—Tonto de ti por dejármelas —contestaba el sinvergüenza.

Su mezquindad llegaba a límites intolerables. Sara le había pillado ya no pidiendo, sino robando aquello que necesitaba cuando la persona en cuestión se encontraba en el comedor o en el patio.

—¡Es más que un tacaño, es un ladrón! Se lo hemos explicado a la tutora, pero no ha hecho nada para remediarlo. ¡El anticlub debería actuar inmediatamente!

El martes siguiente, durante la hora de plástica, Lluís Domínguez no consiguió que ni Sara ni yo le dejáramos una lámina de acuarela. Tampoco lo hicieron Marc ni Rafa. Pero el canalla abusó de la tonta de Irene Casalots, que le dejó una. Irene, cómo no, también le dejó las pinturas. Al terminar la clase, mientras lavábamos los pinceles, Sara habló seriamente con Irene.

Al día siguiente Lluís no consiguió que nadie le dejara material y el profesor se enfadó tanto que lo echó del aula. El viernes se repitió la historia y el profesor habló con la tutora, que amenazó a Lluís con suspenderle el crédito si el martes siguiente no llevaba el material.

Aquel martes, Lluís apareció con un bloc de diez hojas de acuarela, dos pinceles y una caja de pinturas. El profesor, muy a su pesar, le permitió entrar. Sara y yo nos acercamos a Lluís y le pedimos una hoja y un poco de amarillo, que se nos había terminado.

—No os voy a prestar nada.

Y a continuación llamó al profesor y nos acusó de no llevar material.

Al final de la clase, cuando todos habíamos dejado la bolsa del material en el armario, Sara cogió la de Lluís antes de que el profesor cerrara con llave, y se la puso debajo del jersey.

El miércoles, Lluís no encontró la bolsa. Juraba que la había dejado en el armario y que había desaparecido.

—¡Alguien me la ha robado! —chillaba.

Mientras el profesor trataba de calmarle, Sara dejó la bolsa de Lluís en el armario, en un estante que no pertenecía al grupo de primero de ESO.

—¿Dónde la dejaste? ¡Un día vas a perder la cabeza! Cuando por fin habíamos logrado que trajeras lo que debías...

El profesor le ayudó a buscar de nuevo, y él mismo encontró la bolsa en el estante donde no debía estar.

—¿Lo ves? ¡Eres un desastre! ¡Eso te pasa por no escuchar cuando se te dicen las cosas! Fíjate en el escándalo que has armado por culpa de tu falta de atención. No sé que vamos a hacer contigo, chaval...

Terminada la clase, fuimos al taller de tecnología. Como era de esperar, Lluís no había llevado la chapa de madera que la profesora había pedido. Yo mismo fui testigo de otra de sus fechorías: abrió el cajón del material de los de segundo de ESO y robó un trozo de madera que no le pertenecía. A la hora del recreo lo comuniqué a los miembros del club.

El viernes, a la hora de plástica, a Laura Molla le habían desaparecido las pinturas. No estaban en el armario ni se las había dejado en la clase. Laura se sentaba a mi lado y yo mismo se las presté. Sara aprovechó el momento en que el profesor estaba a su lado corrigiéndole el trabajo para decirle que le había parecido ver las pinturas de Laura dentro de la bolsa de Lluís Domínguez. El profesor se acercó a él y preguntó en voz alta a quién pertenecía aquella bolsa.

—Es la mía —dijo Lluís.

Como un mago, el profesor introdujo la mano en la bolsa y sacó el estuche de acuarelas de Laura. Lluís miraba al profe boquiabierto mientras Sara me hacía un guiño. Justo en ese momento entró la profesora de tecnología preguntando si alguno de nosotros había cogido la chapa de madera de Santi Arenas, de segundo.



El anticlub había superado su primera misión y se disponía a iniciar la segunda. No nos gustaba el modo en que Aida Llorente trataba a las otras chicas de la escuela. Prácticamente todas habían experimentado el desprecio que mostraba Aida cuando se cruzaba con ellas.

Era una niña de segundo, de la clase de Sònia, que se creía muy guapa, la más guapa del mundo. Era presumida, arrogante y creída. Las fundadoras del anticlub siempre eran blanco de sus críticas e impertinencias. Sara era una “pequeña bola grasienta”, una “botija”, un “monstruo de Liliput”, una “vaca enana” o una “palangana con gafas”. Glòria era “la manca”, la “mamá no sé qué me falta”, la “mujer completa” y un montón de injurias más. Para Aida, Mireia era un mono, y cuando se la encontraba le recomendaba subirse de nuevo a la rama. A todo el mundo le encontraba defectos. Cuando escogía a los integrantes de un grupo para hacer un trabajo (esto nos lo contaba Sònia), siempre elegía a las niñas más monas y a los chicos más guapos. Con los compañeros de sexo masculino no se mostraba tan abiertamente discriminatoria, aunque había excepciones como Rafa y Marc de primero, o Lucas y Jesús Figueres de segundo.

Con Sònia hacía un doble papel. Aida admiraba su desparpajo, la manera en que se enfrentaba a los profes o dominaba a los chicos de la clase (Aida no tenía el punto de niña contestataria y de clase trabajadora que caracterizaba a su compañera de curso y socia del anticlub), pero era capaz de hablar mal de ella cuando le interesaba. Por eso fue la propia Sònia, en solitario, quien encaró la difícil misión de echar abajo a Aida de su pedestal de miss.

“Aida Llorente”. Todos habíamos escrito su nombre en el primer proyecto de cosas que no nos gustaban. Bueno, todos menos Marc, que no sabía ni quién era Aida.

—Es una creída, y una sinvergüenza.

—Y mala, y desagradable.

—Es cruel, y no siente piedad ni muestra respeto por nadie. Le hace falta una lección —sentenció Sara, que había pasado a ocupar el cargo de presidenta en la primera reunión del club, después de una lucha interna con Sònia (entre todos acordamos que la presidencia del club sería rotativa entre los miembros que presentaran una candidatura).

Sònia se hizo amiga de Aida. Cuando pasaban juntas por delante de nosotros a la hora del patio, Sònia nos guiñaba un ojo en señal de que todo andaba como estaba previsto. Hablaban después de las clases, fumaban a escondidas y se reunían en casa de Aida para estudiar. Un fin de semana salieron juntas, con unos amigos de Aida, unos chicos de otra escuela que a Sònia le parecieron burros y creídos como su compañera. Todos eran muy guapos, eso sí. Se notaba que los había escogido ella.

—Todos le hacen caso. Le ríen sus gracias y ella está orgullosa de que la gente los mire. Uno de ellos se parece a Justin Bieber.

Mireia me pide que no comente que sintió envidia de Aida cuando Sònia lo contó aquel día; a ella también le habría gustado salir los domingos con una copia de Justin Bieber, rubito como un querubín juguetón. Pero yo lo escribo sin que ella se dé cuenta.